

JOSÉ DEL REY FAJARDO, SJ. *LOS JESUITAS EN VENEZUELA. NOSOTROS TAMBIÉN SOMOS GENTE. INDIOS Y JESUITAS EN LA ORINOQUIA*. TOMO VI. BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, N° 270. COLECCIÓN FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA, CARACAS 2011. (697 PP.)

Agustín Moreno Molina

El título de esta publicación se contrapone al grito que utilizaban algunas tribus de la etnia Caribe de la Orinoquia: “Ana Karinarote” (Sólo nosotros somos gente). Expresión que reflejaba la soberbia del Caribe ante las otras naciones a las que miraba como esclavos suyos. El P. José del Rey Fajardo, se propuso y lo consiguió con creces contar la historia inédita y delinear la identidad oculta de todas aquellas etnias llaneras y orinoquenses a quienes los Caribes por más de un siglo esclavizaron y vendieron a holandeses y franceses. Un hecho por demás bochornoso, relegado por historiadores, antropólogos y sociólogos, del que se habla poco y se conoce menos.

Nosotros somos gente aparece precisamente en un momento político venezolano cuando desde algunos sectores oficiales sin mayor rigor crítico adoptan visiones dogmáticas propias de la tradicional leyenda negra para descalificar la conquista y colonización española como empresa de facinerosos depredadores contra inocentes criaturas. Ninguna simplificación conduce a la verdad, y en este caso, esos que “no eran gente” sufrieron miedo, desolación, violaciones y esclavitud en manos de la etnia Caribe sin poder quejarse ni dejar constancia escrita de su tragedia. No significa que Fray Bartolomé de las Casas, Fray Antonio de Montesinos y Fray Pedro de Córdova, por nombrar algunos defensores de los indios, no tuvieran razón en sus denuncias. La violencia no fue exclusiva de los peninsulares, lo cual no signifique que la de los indios haya tenido sentido, como piensa más de algún apologeta de lo indefendible. En todo caso, lo que hoy sabemos del horror sufrido por las etnias de la Orinoquia se debe a los misioneros jesuitas que organizaron y ayudaron a defenderse a esas comunidades dispersas y débiles infundiendo en ellas el sentido de la confianza en la identidad

propia, hablándoles en sus propios idiomas, ofreciéndoles las posibilidades del trabajo tecnificado y elevándoles el espíritu con la educación moral y religiosa.

La obra se compone de un Pórtico, dos libros con sus respectivos capítulos y un apéndice. En el Pórtico el autor somete al escrutinio la capacidad de los jesuitas para interpretar en su justa medida la vida y obra de las etnias llaneras y orinoquenses. Con una vocación de participar activamente en los procesos transformadores del mundo nuevo predicado por el Humanismo, los hijos de San Ignacio de Loyola se convirtieron en exploradores de culturas ajenas, y en contacto con éstas se dio en ellos mismos una transformación de sus propias mentalidades para interpretar aquel nuevo universo de imágenes y símbolos. De modo que lograron con gran flexibilidad desarrollar un modelo de convivencia basado en la persuasión y en la simbiosis de las culturas tomando en cuenta los personalismos locales, la complejidad y particularidad de las lenguas, las reglas sociales y las características propias del “otro”. En definitiva los jesuitas, con el objeto de captar el código cultural de esos pueblos, cuyo resultado final fue - de ahí la esencia del esfuerzo misionero - la hispanización y cristianización, no al estilo de la vieja Europa, sino como concreción de las utopías de aquellos imaginarios fraguados por Platón, Campanella y Bacon.

El Libro I lleva el título “Las formas del encuentro y la interpretación de la *otredad indígena*”, y estudia la lingüística nacional y su estatuto jurídico en el marco del proceso modernizador del Estado español. Es, al mismo tiempo, la historia del contacto para el encuentro de culturas que se expresaban en idiomas distintos y que necesitaban entenderse mutuamente. El primer capítulo se refiere a la cátedra de la lingüística chibcha, institución netamente académica con sede en las aulas de la Universidad Javeriana de Bogotá. El segundo, examina las misiones de Casanare, Meta y Orinoco, zonas periféricas del área chibcha y mosaico de naciones en las que cada una disponía de su lengua y cultura propias, y los misioneros, al no contar con los recursos lingüísticos y pedagógicos de la Universidad Javeriana para el caso de los chibchas, tenían que recurrir a sistemas primitivos de aprendizaje, ante la dispersión y diversidad de naciones y dispersión de las lenguas. El capítulo tercero, titulado “El Orinoco o la Babel lingüística”, precedido de un apretado e enjundioso recorrido histórico por la lingüística misional venezolana, destaca la complejidad de la idiomática orinoquense,

que obligó a los misioneros a prestar una atención muy desigual a la filología indígena, ya fuera por la triste perspectiva del exiguo componente de algunas naciones o por la obligación de dominar varios idiomas, todo lo cual imposibilitaba una estructuración abierta y una rápida comprensión de éstos. Le sigue el capítulo de los “Jesuitas expulsos en las enciclopedias ilustradas”, o de los últimos supervivientes de la arbitrariedad e injusticia de la supresión de la Compañía de Jesús y de su aventura en el intento felizmente logrado de reconstruir la obra en ruinas, en las Enciclopedias lingüísticas de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, como colofón de los grandes movimientos culturales europeos de esos siglos. Se destacan el misionero italiano Felipe Salvador Gilij y su célebre *Saggio di Storia americana*; el español Lorenzo Hervás y Panduro con su monumental obra *La idea del universo* en 21 volúmenes, dos de los cuales están dedicados al tema lingüístico; el proyecto de la zarina Catalina II de Rusia de un estudio comparativo de palabras en ruso y su equivalente en 199 idiomas, incluyendo vocablos de algunas etnias orinoquenses; y finalmente la obra del Johann Christoph Adelung (1732-1806) titulada *Mithridates*. El quinto capítulo, titulado “El *Mirray* o la cultura del contacto en los llanos colombo-venezolanos” constituye un erudito estudio de esa figura retórica.

El Libro II, “Cultura y sociedad en la Orinoquia” consta de dos capítulos. El primero describe la visión de los misioneros sobre el indio llanero y orinoquense. El segundo, presenta una pormenorizada biografía de cada una de las naciones que integraban el territorio jesuítico de la extensa región. Con el manejo de una impresionante cantidad de información, el P. José del Rey Fajardo desarrolla los conceptos de nación y territorio, vida cotidiana, organización social, ritos funerarios, mitos y religiones, costumbres, trabajo, juegos y bailes, y conflictos inter tribales e inter étnicos.

Finaliza en Libro II con un erudito Apéndice sobre la flora y fauna inventariadas por los cronistas jesuitas. Para los expertos, investigadores y estudiosos del período hispánico esta publicación es una auténtica mina de información, referencias documentales y bibliográficas en diferentes idiomas, que dan cuenta de la incansable vocación del autor por la investigación sobre la obra de la Compañía de Jesús en los siglos XVII y XVIII venezolanos.